

EN EL DEUTSCHE ANTIOQUIA BANK



Deutsche Antioquia Bank, Bremen

Fuente: Banco Alemán Antioqueño, Medellín, sin indicación de página.

Un día, en febrero de 1913, Focke me hizo llegar a través de su mensajero de la oficina, la invitación de ir lo más pronto posible, pues tenía que comunicarme algo importante. Fui y me preguntó si seguía firmemente decidido en dejar a la empresa Pehlke. Cuando asentí sin vacilar me comunicó que creía haber encontrado un nuevo puesto adecuado para mí. Me contó, mientras lo escuchaba atento, lo siguiente: como ya me había informado Pehlke antes de su partida a Alemania, después de largas negociaciones se había fundado el 12 de octubre de 1912 en Bremen un banco alemán-colombiano, el Deutsche Antioquia Bank (Banco Alemán Antioqueño), cuya sede central debía estar en

Bremen, pero su sucursal central en Medellín, la capital del departamento de Antioquia.

Dos apoderados del ámbito comercial de Medellín, el doctor Jorge Rodríguez L. e Isaac Restrepo P., habían hecho un viaje a Europa para encontrar interesados en la fundación de un banco en Medellín. En vano buscaron en Londres y París, y ya estaban por considerar su misión como fracasada cuando le contaron a Adolf Held en Bremen de la misma. A este viejo pionero la idea le pareció espléndida y enseguida se ofreció para implementar su realización. Bajo su guía se logró la fundación con la participación de capital alemán, colombiano, inglés y francés.

Los dos directores a los que se les había conferido la gerencia del negocio en Medellín, Erich Thiel y Adolf Hartmann, ya habían llegado al país y estaban ocupados con las tareas previas para la inauguración del banco. Uno de ellos, Adolf Hartmann, se encontraba en ese momento en Bogotá y, entre otras cosas, tenía el encargo de encontrar un empleado alemán, ya adaptado al país, que dominara perfectamente el idioma y fuera un buen tenedor de libros y correspondencia. Pensé —agregó Focke— que el puesto era realmente ideal para usted, tanto más, porque ya había trabajado en el área bancaria. Si está dispuesto, venga hoy en la noche, a las siete, al hotel Europa, y hable usted mismo con Hartmann. Yo lo anuncio y también voy a estar en la entrevista, pues es el deseo del banco que yo lo represente en Bogotá. El banco no le podrá pagar mucho al principio. Hartmann habló de cien a ciento veinticinco pesos por mes. Insista en los ciento veinticinco pesos. Yo me voy a ocupar de que usted los reciba.

Ciento veinticinco pesos eran más del doble de lo que ganaba con Pehlke, y ya solo la idea casi me mareaba. También hubiera estado satisfecho con cien pesos, pero siguiendo el consejo de Focke decidí insistir en los ciento veinticinco pesos.

Como habíamos acordado, fui a las siete de la noche al hotel, donde en quince minutos cerré trato con Hartmann. Solo hizo un débil intento de conseguirme por cien pesos y cuando lo rechacé, concedió enseguida los ciento veinticinco pesos.

Me pidió que tomara el cargo en Medellín lo más rápido posible. Yo estaba muy dispuesto a esto, pero por otro lado tenía el deseo de disolver mi contrato de trabajo con Pehlke de manera correcta, sin fricciones innecesarias. Si era posible, quería concederle a Pehlke también la oportunidad de encontrar a tiempo un reemplazo para mí. Hartmann estuvo de acuerdo con mi proceder después de haberle asegurado que podía contar conmigo bajo todas las circunstancias. No obstante, si Pehlke no estaba dispuesto a cancelar el contrato, yo había decidido —a pesar de todo— renunciar a mi empleo. En vista de sus promesas no cumplidas, yo consideraba mi vínculo con él inexistente.

La personalidad de Hartmann me causó buena impresión. No podía juzgar sus aptitudes empresariales por no haber tenido la oportunidad para eso en tan corto tiempo. Ya había escuchado que estas no eran demasiadas altas, lo que se confirmó luego. En esta primera velada de nuestra relación me despedí pronto, pues noté que esperaba invitados.

Al día siguiente le escribí una carta a Pehlke en la cual le pedía mi retiro. Lo hice cortésmente, pero en tono firme, para no suscitar ninguna duda en cuanto a mi decisión. Casi de inmediato recibí un cable de Pehlke con la frase que yo le había enviado: “De acuerdo”. Le ofrecí descontarme los gastos de este telegrama, lo que hizo sin vacilar. Más adelante recibí una carta de él donde expresaba su pesar en cuanto a mi decisión. Mi futuro en su empresa hubiera estado ‘asegurado’.

Mis esfuerzos coronados por el éxito de lograr otro empleo mucho mejor animó a mis colegas Krumsieg y Rogge a dirigirse simultáneamente con mi carta a Pehlke, para solicitarle una regulación más satisfactoria de sus condiciones salariales. Señalaron las duras condiciones de trabajo y la marcha favorable de la empresa, y pidieron un sueldo de cien pesos, todo incluido, para cada uno de ellos.

Cortesmente insinuaron que se verían obligados a buscar otro empleo si él no podía satisfacer su demanda. Pehlke contestó por cable: “Aceptado”. Los dos estaban eufóricos, me felicitaron por mi nuevo empleo y se felicitaron por el aumento de sueldo, que por fin había llegado. Lamentablemente, su alegría iba a ser muy breve. No había llegado hacía mucho a Medellín cuando escuché que Pehlke había arribado con varios empleados alemanes a Bogotá y despedido de forma inmediata a Krumsieg y Rogge por “intento de chantaje”.

Después de eso, Rogge aceptó un empleo en la empresa Franzius Hermanos, ubicada en Orocué, junto al río Meta (afluente del Orinoco), en una región muy salvaje. Creo que Krumsieg también trabajó ahí un corto tiempo, pero luego regresó a Bogotá, donde poco después falleció por una enfermedad contagiosa, creo que era la fiebre tifoidea. No pudo concretar sus intenciones de casarse. Su novia estaba, al momento de su muerte, en Alemania.

Cuando se acercó la fecha de la partida a Medellín tuve que confesar a mi amigo Focke que no tenía un centavo, a pesar de mi más que ahorrativa forma de vida, que él bien conocía. Por eso me encontraba en el dilema de cómo podría pagar mi viaje a Medellín. ¿Y si le pedía un anticipo al banco? Después de algunos comentarios poco favorables para Pehlke, Focke me preguntó cuánto necesitaba. Le contesté que ciento sesenta pesos, para disponer de cierta libertad. Focke me prestó el dinero y rechazó un pagaré. Tres meses después le pude devolver el dinero, que no había gastado en su totalidad.

Fueron mis primeras y —así lo esperaba— últimas deudas que habría de hacer en toda mi vida.

A mi madre le pude hacer llegar la buena noticia de que a partir del momento en el que le devolvía a Focke el préstamo, a ella le enviaría cada mes cien marcos, en vez de los treinta marcos actuales. Casi en el mismo momento, mi hermano Franz también empezó a enviarle una ayuda, aunque irregularmente. De esta manera ella estaba ahora —ya en el séptimo año después de la muerte de mi padre— por fin, y esta vez por el resto de su vida, fuera de las necesidades más urgentes. Solo en ese momento le escribí también lo mal que había sido en realidad mi contrato con Pehlke.

Mis últimas semanas en Bogotá pasaron rápido y de forma agradable. Con la población nativa nunca había entablado amistad. Pero había encontrado una serie de buenos amigos en los alemanes, el primero en la lista era Ferdinand Focke. Rogge había sido siempre un buen compañero. Me advirtió bondadosamente acerca de trabajar demasiado, y dijo: “A los cuarenta vas a ser una piltrafa”. Varios amigos bogotanos me dieron cartas de recomendación para conocidos de Medellín. La empresa Ernst Pehlke, en la cual estuve casi dos años, la abandoné sin pesar.

Mi partida de Bogotá fue un asunto mucho más agradable de lo que había sido mi llegada. Focke, Krumsieg y Rogge vinieron a la estación para despedirse de mí, como era la costumbre en aquellos tiempos. Junto conmigo partían dos alemanes, a quienes conocía bien, Fritz Klein de Idar [sic] (Oldemburgo), que había explotado una mina de esmeraldas cerca de Muzo (a tres jornadas a caballo de Bogotá) y Stockhausen, representante de varias empresas extranjeras. Ambos, especialmente Klein, tenían muchos amigos en Bogotá que habían venido a despedirlos. Por lo tanto, hubo una gran aglomeración de gente junto al tren.

Así como empezó de alegre el viaje, siguió siendo hasta Puerto Berrío, donde dejé el vapor fluvial para continuar desde allí, ya solo, mi viaje en tren hasta Medellín. Antes de eso habíamos pasado una velada muy agradable en Honda con mi amigo Hermann Gebhard, que había venido de la hacienda con ese fin. Como siempre en esa época, debíamos pasar la noche en Honda.

El viaje de Puerto Berrío a Medellín era, en aquellos tiempos, una cuestión bastante complicada. Había que viajar en no menos de cuatro medios distintos de transporte para los escasos cuatrocientos cincuenta kilómetros de recorrido. En primer lugar, se tomaba el tren, que partía a las seis de la mañana y requería alrededor de una hora para atravesar el llano, desde el río hasta el pie de las montañas. Luego se iniciaba un constante ascenso durante horas de un trecho compuesto de una curva tras otra, hasta que se llegaba, a las primeras horas de la tarde, al final de esta línea, la estación Cisneros. Hasta aquí el recorrido era casi ininterrumpido a través de la densa selva.

Cisneros era un pueblo miserable, que prácticamente consistía en solo la estación del ferrocarril, depósitos y establos. Todos los edificios eran rústicos. Aquí se alquilaban animales de silla y de carga para atravesar con ellos el trayecto de veintiocho kilómetros por el paso de La Quiebra, que conectaba con la estación de ferrocarril Botero, del otro lado.

Después de un breve almuerzo de dudosa calidad, comenzó la subida no muy larga, pero sí empinada, a la montaña, desde la cual se tenía una vista panorámica bellísima hacia ambos lados. El descenso hacia Botero era en general suave, pero muy largo. Aparte de las bellezas paisajísticas, la cabalgata no fue un placer. Los animales alquilados estaban estropeados, mal ensillados y lastimados. Pesadas cargas eran transportadas en carretas bajas con ruedas anchas, tiradas por largas filas de mulas. Cada carreta estaba acompañada por un grupo de obreros, que muchas veces debían utilizar sus palancas para ayudarlas a superar los lugares más difíciles del camino. Con frecuencia se debía otorgar un momento de descanso a los animales. No era grato verlos parados, jadeando con dificultad, con ijadas temblando convulsivamente. En ocasiones yacía un animal muerto al costado del camino. Dos mil mulas, caballos y bueyes trabajaban todo el año en el paso. Ninguno de estos animales tenía una expectativa de larga vida. Para los pasajeros que no podían o no querían cabalgar, había carros disponibles, pero era dudoso si viajar así por esos caminos disperejos era menos fatigoso que cabalgar. Además, los viajeros del coche debían estar en todo momento preparados para la contingencia de que una carreta volcada o atascada, les bloqueaba el camino por horas. Un jinete siempre encontraba una posibilidad de pasar. Fue justo antes de oscurecer y del comienzo de una violenta tormenta, cuando llegué a Botero. Mi equipaje también llegó poco tiempo después sin haberse mojado.

Después de una noche en la rústica, aunque bastante limpia cabaña de madera que se llamaba hotel, volví a tomar el tren, el cual siguió aproximadamente el cauce del río Medellín y me llevó por incontables curvas, pero sin tener que superar altas cuestas, a Medellín. En esa época funcionaba solo hasta Girardota, un poco más de la mitad del trayecto.

Aquí me esperaba un señor Emil Prüfert, enviado por el banco. Me contó que Hartmann hubiera ido con mucho gusto, pero lamentablemente había tenido de nuevo uno de sus ataques de malaria. A Prüfert se le habían unido un señor August Borné, como también un señor Wilhelm Repchen. El recibimiento fue bastante amable, y los últimos veinticinco kilómetros a Medellín los hicimos con buen ánimo en un carro.



Hotel a mitad de camino a Medellín

En vista de las malas condiciones hoteleras me habían preparado una habitación simple, pero muy agradable, en un centro comercial, el edificio Duque. Las comidas serían en el Club Unión, que era en ese tiempo el lugar de encuentro general y tenía el mejor restaurante, quizás el más respetable de la ciudad.

En el transcurso de la cena hice nuevos conocidos. La llegada de un extranjero no era, en aquel tiempo, nada rutinario, y además el banco era aún un factor completamente nuevo así que estaba en el centro del interés cotidiano y también se deseaba conocer al nuevo empleado bancario. La primera velada transcurrió animada y agradable, y para mí terminó en un ambiente satisfactorio y lleno de esperanzas. Era el 3 de abril de 1913, exactamente dos años después de mi arribo a Bogotá.

Después de lo poco que había visto en la primera velada, Medellín me gustó mucho más que Bogotá. La ciudad era pequeña, tenía solo 40.000 habitantes. Las calles, donde la hierba crecía, en algunos lugares estaban pavimentadas con rocas de río, pero eran limpias. También la población causaba una impresión más limpia y más saludable que la de Bogotá.

A la mañana siguiente empecé con mi nuevo trabajo. La instalación del local bancario, para el cual se había reformado una antigua casa residencial en el centro de la ciudad, calle de Colombia 105, aún no había terminado. Faltaban unas cuantas semanas para que nos liberáramos del estrepitoso martilleo de los carpinteros. El número de empleados era aún muy pequeño. Aparte de un procurador colombiano, Guillermo Camargo Lewy; el cajero, Enrique Restrepo, y el contador, Alfonso Echavarría, había solo dos o tres auxiliares de oficina y caja.



Emil Prüfert



Iglesia de la Veracruz en Medellín

De los dos directores, había saludado la noche anterior a Hartmann, en su oficina. A Thiel lo conocí en ese momento. No me causó una impresión agradable. Se vestía con una elegancia de mal gusto, ostentaba una energía amanerada para fanfarronear y me trataba, al igual que a todos los empleados, de manera soberbia. Con su colega Hartmann tampoco tenía un trato muy cordial, lo que registré a la brevedad. Eran muy distintos uno del otro.

Hartmann, el bremense, “hijo de un patricio”, como se denominó una vez estando muy jocosos, era el más culto de los dos. Desafortunadamente sus suaves modales se convertían a veces en una cortesía rastrera, lo cual, seguro a los antioqueños no les gustaba. Por eso, uno de ellos, Manuel M. Escobar O., hizo una vez este comentario: “Hay atenciones que se convierten en molestas”. Hartmann era muy sensible en cuanto a cualquier crítica; cuando cierto día apareció una caricatura suya completamente inofensiva, más bien con intención amistosa en un diario, se sintió muy desdichado. En cuanto a los negocios, era bastante incompetente, no tenía noción del negocio bancario y muy pocos conocimientos del negocio comercial. Su actividad anterior, como socio de un negocio en Torreón, México, no había sido exitosa. Su actual posición en el banco se la debía, sobre todo, a su condición de miembro de una familia bremense distinguida; era el hombre de confianza de los accionistas de Bremen.

Thiel había estado permanentemente en el rubro bancario. Al igual que yo en Stettin, él hizo su aprendizaje en Königsberg, Prusia, en un comercio bancario y de cereales. Luego trabajó durante años en el Deutsche Überseeische Bank en Perú. Regresó a Alemania y fue director de la Caja de Ahorro (Banco Sparkasse) en Krefeld; de allí había venido a Medellín. Era hábil, pero su moral comercial no era siempre impecable. Desde un comienzo se dedicó con ahínco a diversos negociados privados que, con frecuencia, se asimilaban a la usura y debido a esto su buen nombre quedó menoscabado. Las críticas que llegaron a sus oídos fueron rechazadas por él con energía. Estaba casado; su mujer era peruana, casi de pura ascendencia indígena, tenía solo veintiún años, de trato agradable, aunque poco educada y muy bonita. No se avergonzaba de su raza, sino que enfatizaba a menudo su descendencia de los incas. La pareja tenía dos niños.

Mi trabajo fue desde el primer día multifacético, y pronto estuve muy ocupado. Después de pocas semanas, solo podía avanzar recurriendo a horas extras en la noche, como también a una parte del domingo. Mi lugar de trabajo era en una ventanilla; debía atender la clientela en cuanto a las transacciones de divisas, cobranzas y asuntos de contabilidad. A la par, debía llevar los libros más importantes, como también una gran parte de la correspondencia, que era sobre todo en español, así como en alemán e inglés.

Después de un corto tiempo no hubo duda de que la fundación de nuestro banco había surgido de una verdadera necesidad. Nuestro volumen comercial aumentaba a diario. Ambos directores estaban dedicados casi completamente, al trato personal con la clientela, de tal manera que a mí me tocó cada vez más el manejo de los negocios ya acordados. El apoderado colombiano, Camargo, se perfiló como poco hábil en el negocio bancario, que le había sido ajeno, y unos meses después de mi llegada renunció a su puesto.

Este desarrollo de las cosas era muy conveniente para mí. Había puesto mi confianza en el futuro del banco y estaba decidido a ganarme un puesto directivo en él, mediante mi trabajo. La circunstancia de haber sido partícipe desde la fundación del banco me pareció muy ventajosa. Para apropiarme de todos los detalles del funcionamiento empresarial, no tenía nada en contra de que ambos directores me impusieran cada vez más trabajo. Trataba de atender satisfactoriamente a los clientes que venían a mi escritorio, para acostumbrarlos a que se dirigieran a mí con asuntos para los cuales hubieran tenido que recurrir a los directores. La consecuencia de esta multifacética actividad significó para mí que por mucho tiempo tuve que trabajar varias veces, semana tras semana, hasta las doce de la noche o una de la mañana. El cónsul inglés Badian, que tenía sus oficinas en la parte superior del edificio del banco y al que encontraba con frecuencia en la noche, me advirtió con amabilidad algunas veces sobre los inconvenientes de demasiado trabajo nocturno en el clima tropical. Pero no me hizo daño.

Un día se me presentó la oportunidad de relacionarme con el inspector colombiano del banco, al que hasta ese momento no había conocido. Después de una reunión no muy agradable con el inspector, Thiel vino pálido y nervioso a verme, me tiró un paquete de papeles en el escritorio y dijo: “Usted es contador. Revise esos papeles e intente explicar el asunto al consejo administrativo en la próxima reunión. ¡Yo abandono!”. Se trataba de los asientos contables sobre la participación del capital de los accionistas europeos pagada en Bremen, que había sido transferida vía Londres, París y Nueva York a Medellín². Los asientos y el informe a Bremen sobre los negocios de divisas relacionados con esto habían sido elaborados por Thiel de un modo tan confuso que él mismo, en primer lugar, había quedado desorientado, y en segundo lugar habían suscitado en Bremen la impresión errónea de que él había presentado intencionalmente este asunto en forma confusa para disimular una pérdida originada por la transferencia de capital. En el paquete de papeles que me entregó Thiel, se encontraban algunas cartas

² El capital social ascendía a 750.000 pesos oro, o 3 millones de marcos.

dirigidas a él por el director del consejo administrativo de Bremen, el señor Adolf Held, en las cuales figuraban unas acusaciones gravísimas contra su persona. El asunto ya databa de varios meses atrás, cuando tuve conocimiento de él.

Esa misma noche estudié los papeles y pude constatar sin dificultad que se trataba de “una tormenta en un vaso de agua”. Hice una reseña que le presenté al inspector en su siguiente reunión y en menos de media hora la cuestión fue aclarada y finalizada. Para mí, el incidente tuvo consecuencias favorables, ya que el consejo me hizo asumir una función que antes no había tenido y recibí de los de él un trato muy amistoso y lleno de confianza.

Poco después, otro asunto me permitió consolidar, aún más, mi posición en el banco. Por una perentoria recomendación del consejo administrativo colombiano el banco le había conferido a un grupo de ganaderos su primer crédito importante. Éstos tenían propiedades en la región antioqueña del valle del río Cauca —el afluente más importante del Magdalena— que se consideraban óptimas en el aspecto agrícola. Bremen había ordenado que la dirección de Medellín debía asegurarse personalmente de la garantía del crédito, y el consejo de Medellín pedía con insistencia lo mismo.

Thiel y Hartmann, que desde su llegada a Medellín sufrían constantemente ataques febriles y temían al bien conocido clima muy caluroso del valle del río Cauca, así como a las agotadoras instancias del viaje, se acordaron de mi trabajo en la hacienda de Pehlke y me encargaron la tarea de acompañar a los ganaderos y hacer un informe exacto de las propiedades a evaluar en la visita.

Nada me podía agradar más que un encargo así, pues ya hacía mucho albergaba el deseo de conocer los alrededores de Medellín y, en especial, el muy elogiado por su belleza paisajística, Valle del Cauca, cuyos espacios cultivados se habían quitado con esfuerzo a la selva hacía unos pocos años, quizás una década atrás. Salimos una mañana a las seis en el tren del ferrocarril de Amagá en dirección hacia el Cauca y bajamos hasta la última estación en ese momento, Caldas, situada a solo veinticinco kilómetros, donde nos esperaban las cabalgaduras con las cuales haríamos la parte más importante del viaje.

Casi todos mis cinco o seis acompañantes me eran conocidos y estaban de buen humor, como era en realidad siempre el caso cuando visitaban sus propiedades. Estábamos bien montados (a mí me habían dado un mulo muy bueno, grande, de manchas blanco-grisáceas, el macho Carati), algunos de los señores traían en las alforjas un abundante almuerzo frío, y así transcurrió la jornada de viaje, que nos llevó a la primera de las haciendas antes de lo que esperábamos. Esta hacienda se llamaba La Argentina y pertenecía a la

empresa Escobar & Cía. Después de darnos la oportunidad de refrescarnos en un baño con ducha, se nos hizo pasar a la mesa puesta, muy limpia, en la cual se sirvió una cena simple, pero buena. De la misma forma se nos recibió en todas las haciendas que había que visitar. Dos de ellas carecían un poco de limpieza. La última noche antes del regreso a Medellín estuvimos en la imponente casa de la hacienda Tunis, que estaba junto al río Cauca. No me pude resistir a bañarme, como despedida, en el río. Don Pedro (Pedro Vásquez Uribe), el dueño, muy simpático, no quiso permitirlo, a no ser que me declarara dispuesto a atarme en la cintura uno de los largos lazos trenzados de cuero vacuno para atrapar el ganado, y le permitiera a uno de sus empleados sujetar el mismo. Afirmaba que ya más de un buen nadador había sido arrastrado por la corriente, pues justo ahí era muy fuerte. Hice lo que me pidió. A pesar de esto, fue muy hermoso. El agua estaba agradablemente fresca a esa hora temprana de la mañana.



Vista del valle del río Cauca

Aunque el viaje era para mí un placer, no descuidé el aspecto comercial y llevé el informe solicitado. Sin dejar lugar a dudas pude afirmar en él que nuestro crédito estaba bien avalado. Las relaciones entabladas en aquel entonces siguieron siendo agradables durante décadas y, para ambas partes, para el banco y para los ganaderos, ventajosas.

Yo mismo hice algunos buenos amigos en este viaje, tanto en el aspecto comercial como en el personal. Les había agradado a estos terratenientes

que yo como extranjero me adaptara tan bien a ellos. Seguí siendo el nexo entre el banco y los ganaderos; durante muchos años visitaba regularmente el mercado ganadero semanal en Medellín, solo para mantener el contacto cercano con ellos.

En el transcurso del viaje, en forma constante me vi obligado a hacer comparaciones mentalmente entre lo que tenía delante de mí y las condiciones, que había conocido en La Aurora de Pehlke. Aquí los campos de pastoreo estaban tan bien cuidados, que en algunas partes parecían campos de cereales. En lo de Pehlke estaba todo lleno de maleza y matorral. También el ganado era aquí de mejor calidad. Pero a pesar de todo, ¡constaté con alegría que el duro aprendizaje hecho en La Aurora no había sido en vano!



Ganado en la hacienda Argentina

Aproximadamente siete meses después de mi llegada arribó otro empleado alemán a Medellín, enviado por el consejo administrativo de Bremen en vista del aumento constante de nuestras transacciones comerciales. Se llamaba Reinhard Gundlach, tenía quizás medio año más que yo y había hecho su carrera, hasta ese momento, en la empresa bancaria bremense Carl F. Plump & Co., la cual era uno de los accionistas de nuestro banco. Gundlach era

una persona callada, rígida y reservada, que al principio no se adaptó fácil a las nuevas condiciones. También el aprendizaje del español le resultaba muy difícil. En lo demás, era un buen funcionario bancario y ante todo un buen contador. Disponía de una ilimitada voluntad de trabajo y pronto se evidenció como buen compañero. En el transcurso del tiempo entre él y yo se afianzó una sincera amistad, que duró décadas.

Frente a Thiel y Hartmann, su posición no era agradable al comienzo. Su envío a Colombia se había decidido sin el conocimiento de ellos y la decisión fue tomada en un momento en el cual se intercambiaban entre Bremen y Medellín cartas sumamente desagradables sobre la cuestión ya mencionada, de ahí que se instaló la sospecha de que Gundlach había venido con la misión secreta de revisar la contabilidad y los actos de los directores y en adelante supervisarlos. Pero debido a su comportamiento estrictamente correcto, con el tiempo hizo desaparecer ese descontento.



Reinhard Gundlach y Hermann Gebhard delante de una cabaña para obreros cerca de Copacabana

Fuera del trabajo, Gundlach solo estaba interesado en libros y largos paseos. Por lo demás, era totalmente feliz en su trabajo. ¡Cuando le era entregada una montaña de cartas que habían llegado, las recibía con el semblante de un sibarita! Era bastante alto y muy flaco. Sin embargo, desarrolló una resistencia muy buena en nuestras caminatas, muchas veces de veinticinco a treinta kilómetros.